

Julieta Pinto, *El despertar de Lázaro*, San José de Costa Rica, REI, 1994.

La última entrega de la narradora costarricense Julieta Pinto (1940) consolida una trayectoria tan nutrida como valiosa en la que una actitud de crítica abierta pero no por ello menos sugestiva interpreta los entresijos de una sociedad en crisis. Ya sus colecciones de relatos *Cuentos de la tierra* (1963) y *Si se oyera el silencio* (1967), de ámbito rural y urbano respectivamente, había motivado una entusiasta acogida; Isaac Felipe Azofeifa destacó su estilo duro y entusiasta acogida; Isaac Felipe Azofeifa destacó su estilo duro y directo que conjuga el intimismo con la crudeza, y Alberto Cañas llamó la atención sobre su feminidad y altura poética. Después se consagra ese merecido reconocimiento con *La estación que sigue al verano* (1969), novela incisiva hacia una burguesía degradada; *Tierra de espejismos*, en cambio, traslada su punto de mira a los problemas rurales, de modo que a través de su escritura se va perfilando un completo panorama del país. Títulos más recientes, como *A la vuelta de la esquina* (1975), *El sermón de lo cotidiano* (1977), *El eco de los pasos* (1978) o *Los marginados* (1984), colección de relatos cuyo título es elocuente acerca de su toma de partido, sustentan un itinerario ya muy definido, al tiempo que en *David* (1977) vuelve la mirada hacia la literatura infantil y en *Abrir los ojos* (1982) la denuncia se torna agresiva; se trata de cuentos sobre los niños que viven en la miseria y la autora nos increpa: «Yo, escritora, y Ud. lector, somos culpables de que los temas de estos cuentos existan en Costa Rica». Sin embargo, hay que decir que con *El despertar de Lázaro* Julieta Pinto desplaza de modo esencial los intereses que hasta el momento la habían ocupado y, sin traicionar la línea establecida, aporta aspectos radicalmente distantes.

La reescritura del referente bíblico, privilegiada en el plano poético, es una actitud habitual en las letras latinoamericanas recientes. Ambas presencias —poesía e historia sagrada— son ingredientes primeros de esta novela breve, densa, esencial, que en clave alegórica incide en dos aspectos centrales: la problemática social y la obsesión por la muerte. Lázaro tras su resurrección se convierte en testigo especialmente crítico y desde el título se nos ofrece la doble consecuencia del despertar: a la vida y a la conciencia. El agudo dolor del conocimiento de la vida del trasmundo —«los ojos abiertos a las tinieblas, oyendo el lento gotear del tiempo»— nos evoca actitudes frecuentes en un siglo obsesionado por la crisis de valores espirituales y abocado a un escepticismo que no puede esconder un íntimo desgarramiento. Lázaro va a convertirse en una doble conciencia crítica: no cree en los postulados de Cristo sobre la paz —no cree, en definitiva, en el ser humano y su capacidad para los sueños— y tampoco en su convicción de vida eterna —al devolverle la vida sólo le proporciona el dolor de temer aún más una muerte a la que ya le ha visto la cara.

Lázaro en su monólogo reflexivo y testimonial medita sobre las enseñanzas de Jesucristo y se rebela contra el silencio estoico del justo. Se

rebela también contra el dolor, se cuestiona cada sinsentido de la vida para llegar a un mismo fin y odia a quien le trae de la muerte para volver a encontrarse con las antiguas obsesiones y las nuevas: todos se apartan del hombre que aún huele a tumba. «Pudo haberme sanado cuando me debatía en el horror de la agonía... Si realmente me hubiera amado, mi juventud no se habría destrozado al caer en el profundo tiempo del dolor». La lectura que Julieta Pinto hace de Lázaro lo asimila a una nueva mirada; ya no es héroe o mito, sino demasiado humano, y le otorga la voz de lo que nunca pudo decir, de las dudas secretas: «Estoy seguro de que Jesús, en cuanto sienta los ojos y oídos sellados por el polvo y no pueda franquear el muro del silencio, se arrepentirá de haber ofrendado su vida.» Este nuevo Lázaro representa así al hombre contemporáneo, la crisis de su fe, el escepticismo hacia la inmortalidad, también hacia los ideales, las doctrinas, los sueños.

La mirada crítica de Lázaro se desplaza también a la sociedad de su tiempo —lectura del nuestro— para criticar a las instituciones eclesiásticas, cuyos sacerdotes ignoran la ejecución de aquellos a los que ciega el deseo de libertad a cambio de que les dejen continuar sus ritos, mientras condenan la igualdad preconizada por Cristo, enemiga de sus prerrogativas. Así, el fluctuar del pensamiento de nuestro personaje va focalizando un mundo lejano que puede ser trasunto del que vivimos, y la duda agónica es la única respuesta posible en cada caso. La crítica al poder se hace extensiva de este modo también a los altos estamentos religiosos y la verdad —la de Lázaro, la de Cristo— deviene transgresión insoportable.

El rencor de Lázaro hacia su maestro va adquiriendo distintos matices; es el resentimiento por dejarlo morir, por dejarlo vivir, por permitir su soledad, por hurtarle el consuelo de María Magdalena, por evidenciar la precariedad de los deseos. Y se ve abocado a la traición: la reescritura de la historia sagrada convierte a Lázaro en motor de la conciencia de Judas el rebelde, delator de Cristo. La duda confunde y tortura a un hombre que no comprende el sentido de la rendición, la renuncia a la batalla final. La conciencia atormenta a Lázaro, la distancia entre lo real y lo soñado, la incertidumbre acerca de la vía adecuada, el pánico a la locura, el vértigo de la muerte, ahora vívida y terrible. Lázaro actualizado, con la mirada de nuestro siglo, es conciencia dolorosa y ejercicio de la razón, por cuyo tamiz filtra cada apariencia mágica o trascendente para detener sus ecos.

La conciencia social se une a esas meditaciones y se refueza con otras voces. Para Judas, «si Jesús toma el garrote del Bautista y predica la violencia a las multitudes, éstas lo seguirán hasta que no quede un solo romano en nuestra tierra. El pueblo judío será libre y El será nuestro Rey». Juan Bautista defiende que al amor se sume la fuerza del hacha para talar el árbol torcido; defiende la violencia como arma lícita, la muerte contra la muerte, la rebelión contra la tiranía. Cristo le opone su mensaje de redención por el amor, y Lázaro sufre doblegado por una lucha interna que lo consume: la razón de la quimera.

Vence la sed de venganza, por los crucificados o vencidos. Crece el desencanto, la desolación del fracaso, el derrumbe de lo que ya no será, la ira hacia lo que se considera un nuevo engaño para aplacar el deseo de justicia de todo un pueblo. Y de ahí la traición: terminar con un mensaje de paz que deteriora el ansia en la lucha. Los personajes se hacen complejos, y entre los polos de las distintas vías para hallar el camino está el deseo de Lázaro: dinamitarlo todo, acabar con la humanidad condenada a la muerte, con el interrogante de la vida, la angustia entre la nada o el paraíso. Pero al tiempo se convierte en trasunto de la agonía de Cristo: Julieta Pinto hilvana con detalle la complejidad de su psicología, su drama profundamente humano. La escritura es al tiempo desnuda, poética, crispada, esencial. De ahí la brevedad de la novela, cuya tensión interna no admite desvíos del norte inicialmente establecido. Y la apología indirecta desde la disidencia se hace más fuerte hacia la figura central del texto de referencia. El drama íntimo de Lázaro no es el de un hombre solo: «Al fijar los ojos en el sepulcro comprendo que la duda ha sido mi única pertenencia, esa duda hecha de dardos encendidos y de esperas lacerantes.» Se trata de una simple reivindicación de lo humano frente a lo divino.

Así pues, la lectura de la historia sagrada se realiza desde los márgenes. Con su escritura de madurez, diáfana y honda al mismo tiempo, Julieta Pinto cuestiona el texto de referencia para actualizarlo y reafirmarlo a través de su lectura personal. La conjura de la duda devendrá dominio de la esperanza.

SELENA MILLARES
Universidad de Alcalá

Juana Martínez Gómez y Almudena Mejías Alonso: *Hispanoamericanas en Madrid (1800-1936)*, Madrid, Ed. Horas y Horas, 1994.

Esta obra aparecida recientemente, con los auspicios de la Comunidad de Madrid, contiene la normativa clásica: «docere» y «delectare», cuya premisa va orientada a dos terrenos aparentemente separados (el placer y la sabiduría), pero unidos en una relación de «necesidad», cuando se trata de la lectura.

Respecto a la primera norma, «docere», es un exhaustivo estudio, cuya labor de investigación se ha centrado fundamentalmente en la ardua tarea de hemeroteca. Un escrutinio pormenorizado ha orientado a las dos investigadoras hacia los periódicos y revistas de la época, especialmente hacia el *Album Iberoamericano*, y hacia instituciones cuyo logro y mantenimiento, como la Unión Iberoamericana o el Hogar Americano se debe a la exhaustiva y ambiciosa labor de personajes que aparentemente pasaron desapercibi-